

Sátira X, de Juvenal

Pocos son capaces de apartar la niebla del error y distinguir entre los bienes verdaderos y sus opuestos. Pues ¿qué tememos o deseamos juiciosamente? ¿Qué concibes con tan buen pie que no te arrepientas del intento o del deseo realizado? Los dioses han echado por tierra casas enteras al atender las plegarias de sus propios dueños. Pedimos lo que nos hará daño en la vida civil, lo que nos hará daño en la militar; para muchos es mortal un copioso torrente de palabras y su propia elocuencia; y hubo quien murió confiado en sus fuerzas y en sus admirables músculos; pero a muchos más los ahoga el dinero amontonado con excesivo celo. [...] Y así, en tiempos funestos y por orden de Nerón, una cohorte completa puso cerco a la casa de Longino y a los extensos jardines del riquísimo Séneca y asedió la excelsa mansión de los Lateranos [...]. Aunque al ponerte en camino de noche lleves solo unos pocos vasitos de plata pura, tendrás miedo de la espada y la pértiga y te echarás a temblar cuando se mueva la sombra de una caña a la luz de la luna [...]. Las peticiones de riqueza son casi siempre las primeras y las más conocidas en todos los templos: que aumenten los caudales, que nuestra arca sea la más grande de todo el foro. [...]

Entonces, ¿es superfluo o dañino lo que pedimos? [...]

A algunos los precipita a la ruina el poder sujeto a gran envidia, los hunde una larga y distinguida hoja de servicios. Sus estatuas bajan del pedestal y van tras la cuerda, luego, hasta a las ruedas de los carros las golpea y rompe el hacha y a los caballos que no tienen ninguna culpa les quiebran las patas. Ya crepitan las llamas, ya al soplo de los fuelles arde en el horno la cabeza venerada por el pueblo y cruje un Sejano enorme, luego, del rostro que fue el segundo en el mundo entero se hacen ollas, fuentes, sartenes, orinales. [...] A Sejano lo arrastran con un garfio para que lo vea todo el mundo, todos se alegran. «¡Qué hocicos, qué cara tenía! Si quieres creerme, nunca me gustó este individuo. Pero, ¿bajo qué acusación ha caído? ¿Quién ha sido el delator? [...]». Pero ¿qué hace la chusma de Remo? Le sigue la corriente a la Fortuna, como siempre, y odia a los condenados. [...] Hace ya tiempo, desde que no le vendemos los votos a nadie, el pueblo se ha deshecho de preocupaciones; pues el que en otro tiempo otorgaba el mando, las fasces, las legiones, todo, ahora se aguanta y solo desea con ansia dos cosas, pan y juegos de circo. [...] Seguro que quieres lanzas, cohortes, jinetes distinguidos y un cuartel en casa; ¿por qué no desear todo esto? Incluso quienes no quieren matar a nadie quieren poder hacerlo, pero ¿qué distinciones y prosperidad valen tanto cuando la medida de las desgracias iguala a las alegrías? ¿Qué preferirías? ¿Tomar la praetexta de este que van arrastrando o ser una autoridad de Fidenas y Gabios y dictar justicia sobre las medidas, romper unos jarros más pequeños de lo justo como edil zarraspastroso en la despoblada Ulubras? Reconoces, entonces, que Sejano no supo qué era lo que había que codiciar; pues quien codiciaba honores excesivos y pedía excesivas riquezas estaba levantando las numerosas plantas de una elevada torre, desde donde más grande sería la caída y enorme el batacazo del vertiginoso hundimiento. ¿Qué fue lo que derribó a los Crasos, a los

Pompeyos y a aquel que puso bajo su látigo a los quirites domados? Sin duda su elevada posición, buscada con todo tipo de medios, y sus grandes ambiciones escuchadas por dioses malignos. [...]

[...] Es mucho más grande la sed de fama que la de virtud. Pues ¿quién abraza la virtud en sí si le quitan los premios? Sin embargo, alguna vez la gloria de unos pocos ha aplastado a la patria, y el afán de elogios y de honores que graba en las lápidas guardianas de sus cenizas [...] puesto que también a los propios sepulcros les ha sido asignado un fatal destino. [...] Solo la muerte pone de manifiesto qué poca cosa son los cuerpecitos de los hombres. [...]

«Dame larga vida, Júpiter, dame muchos años». Esto pides con semblante saludable, solo esto pides también con el macilento pero ¡de cuántos y cuán persistentes males está llena una larga vejez! Contempla, ante todo, el rostro deformado y horrible, tan diferente del que fue, un pellejo deforme y las mejillas flácidas donde antes hubo piel [...]. Muchas son las diferencias entre los jóvenes, aquel es más guapo que este y de rasgos diferentes, este es mucho más fuerte que aquel. Uno solo es el aspecto de los viejos: les tiemblan la voz y los miembros y tienen la cabeza ya calva y las narices mojadas como las de los niños. [...]. Aquel anda delicado de la espalda; este, de los riñones; este otro, de la rabadilla; aquel otro ha perdido los dos ojos y envidia a los tuertos; los labios pálidos de este otro reciben la comida de dedos ajenos y por su parte él, que solía sonreír a la vista de la comida, solo la abre como un polluelo de golondrina, hacia el que vuela con el pico lleno su madre en ayunas. Pero peor que cualquier pérdida de facultades físicas es la demencia, que ni recuerda los nombres de los esclavos ni reconoce la cara del amigo con el que cenó la noche anterior ni a los hijos que ha engendrado, a los que ha educado.

Cuando ve un templo de Venus, una madre ansiosa pide belleza para sus hijos con plegaria a media voz, en voz más alta la pide para sus hijas hasta llegar a las más refinadas peticiones. [...]. Por otra parte, un hijo de cuerpo distinguido tiene siempre a sus padres atormentados e inquietos: hasta tal punto es rara la alianza de la belleza y el pudor. [...]

«Entonces, ¿no van a pedir nada los hombres?». Si quieres un consejo, deja a los propios dioses ponderar qué nos conviene y es útil a nuestros intereses; pues, en vez de las cosas más agradables, los dioses nos darán las más apropiadas. Más quieren ellos al hombre que este a sí mismo. Nosotros, llevados por el impulso de nuestros espíritus y por un ciego y desmedido deseo, les pedimos el matrimonio y el parto de nuestra esposa, pero ellos saben cómo van a ser los hijos y la esposa. De todas formas, en caso de que les pidas algo y les ofrendes en un pequeño santuario las vísceras y los divinos sesos de un blanco lechoncillo, debes rogar que te concedan una mente sana en un cuerpo sano. Pide un espíritu fuerte libre del miedo a la muerte, que ponga el último estadio de la vida entre los regalos de la naturaleza, que pueda soportar cualquier tipo de fatigas, que no sepa encolerizarse, que nada anhele y que considere las penas y los crueles trabajos de Hércules mejores que el placer del amor, los banquetes y las plumas de Sardanapalo. Te indico lo que tú puedes darte a ti mismo; ciertamente la única senda a una vida tranquila se abre a través de la virtud. Si la sensatez existiera, tú no tienes ningún poder divino: nosotros, Fortuna, nosotros te hacemos diosa y te colocamos en el cielo.